

COLUMNISTA  
**DAVID GONZÁLEZ ESCOBAR**

PUBLICADO HACE 11 HORAS

A+ A-



## Una fuga en el gasoducto Ricaurte

Cuenta la historia oficial que - al ver que la pólvora y todo el arsenal de la armería de San Mateo pasaría a manos realistas, el capitán Antonio Ricaurte decidió inmolarse para evitar el triunfo del ejército español en una de las tantas batallas de la Guerra de Independencia. Por aquel heroico actuar, el gasoducto que conecta Colombia y Venezuela lleva su nombre: "Gasoducto Transcribeño Antonio Ricaurte", que va desde la costa oriental del lago Maracaibo hasta La Guajira.

Inactivo desde 2015, el gasoducto Ricaurte ha vuelto a acaparar titulares con la llegada del Gobierno Petro.

El fantasma de revivir la importación de energéticos venezolanos afloró desde campaña. Aunque muchos desestimaron el rumor, en su momento los Galán lo denunciaron como uno de los motivos para elegir adherirse a Rodolfo en lugar de Petro. Sonaba a conspiraciones castro-chavistas.

Sin embargo, con el pasar del tiempo, el gas venezolano se ha vuelto parte del discurso oficial del Gobierno. Al comienzo solo lo defendían públicamente Irene Vélez y, con sospechosa vehemencia, el embajador Benedetti. No obstante, recientemente hasta Ocampo y el ministro de Comercio, Germán Umaña, le dieron su visto bueno. Parece ser oficial: a pesar de que nuestras reservas probadas vienen disminuyendo sistemáticamente en la última década, el Gobierno Petro mira con menos recelo depender del gas venezolano que permitir nuevos contratos para explorar gas en el territorio nacional.

¿Será que el gas que se extrae del otro lado de la frontera no genera emisiones? Resulta sumamente incoherente que Petro hable de "soberanías" de todo tipo, pero que al mismo tiempo formule una política energética que menosprecie de tal forma nuestra soberanía de gas natural, más aún teniendo en cuenta su importancia en la transición energética. El gas tiene un rol clave en la generación térmica que le da confiabilidad a nuestro sistema eléctrico ante la posibilidad de sequías como las de 2015 y 2016, donde ya en aquel momento no se realizaron las importaciones de gas esperadas desde Venezuela por el deterioro de las relaciones con ese país. A pesar de este historial, e ignorando totalmente las lecciones que deja la crisis energética en Europa por la dependencia de Putin y el gas ruso, el gasoducto Ricaurte está más sobre la mesa que nunca. El gas natural producido nacionalmente paga regalías y es más barato. Aun así, estamos aceptando, voluntariamente, depender del autoritarismo del otro lado de la frontera.

*Bloomberg Línea* reveló el año pasado que las discretas empresas Prodata Energy y Energy Transition SAS ESP serían quienes tendrían la autorización para suministrar y distribuir el gas venezolano hacia Colombia. Sin embargo, según publicó este mes el portal de periodismo investigativo *armando.info* - responsable de divulgar el saqueo bolivariano en Venezuela en los últimos años -, los tiempos de la constitución de estas compañías coinciden con el ascenso de los chances de Petro durante la carrera por la presidencia: la antigua prestadora de servicios petroleros Production Data Acquisition Wire Line se cambió el nombre a Prodata Energy justo en febrero de 2022.

Por otro lado, detrás de estas empresas estarían dos venezolanos con vínculos a Tareck El Aissami, uno de los superpoderosos de la dictadura de Maduro, y quien enfrenta cargos por narcotráfico ante la Corte Federal de Manhattan por presuntamente ser uno de los estrategas detrás del Cártel de los Soles.

Coherente con su nombre en honor a Antonio Ricaurte, lo que rodea este gasoducto tiene todo el potencial de, en cualquier momento, estallar.

REPORTE UN ERROR

AGREGAR INFORMACIÓN

Porque entre varios ojos vemos más, queremos construir una mejor web para ustedes. Los invitamos a reportar errores de contenido, ortografía, puntuación y otras que consideren pertinentes. (\*)

TÍTULO DEL ARTÍCULO

¿CUÁL ES EL ERROR?\*

¿CÓMO LO ESCRIBIRÍA USTED?\*

INGRESE SUS DATOS PERSONALES \*

Nombres Apellidos Correo electrónico 

ACEPTO TÉRMINOS Y CONDICIONES PRODUCTOS Y SERVICIOS GRUPO EL COLOMBIANO

VER TÉRMINOS Y CONDICIONES

## COLUMNAS DESTACADAS

DAVID GONZÁLEZ  
ESCOBARUNA FUGA EN EL  
GASODUCTO RICAURTE

VER MÁS

## OTROS COLUMNISTAS



MELQUISEDEC TORRES

JULIANA VELÁSQUEZ  
RODRÍGUEZDAVID ESCOBAR  
ARANGO

JUAN JOSÉ HOYOS



RAFAEL PARDO RUEDA

DAVID GONZÁLEZ  
ESCOBAR

VER MÁS

## CONTINÚA LEYENDO



COLUMNISTA  
**MELQUISEDEC TORRES**

PUBLICADO HACE 11 HORAS

A+ A-

## No es democracia, es negocio



Los colombianos pagamos seiscientos diez mil millones de pesos (\$610.000.000.000) para el funcionamiento de los partidos políticos en el período 2012 – 2018, repartidos en \$360 mil millones de pesos por reposición a cambio de los votos obtenidos en elecciones, y \$250 mil millones para su burocracia interna (cifras del Consejo Nacional Electoral, CNE). Se los dimos a 18 partidos que existían en ese lapso, pero dos terceras partes fueron para La U, Liberal, Conservador y Cambio Radical. Otro dinero, tan o más abundante, se movió por otras vías clandestinas con el manejo de los avales.

Y de 2018 a la fecha, para su burocracia interna nos han costado \$231 mil millones, repartidos la mayoría entre el Partido Liberal \$36.407, Cambio Radical \$31.319, La U \$30.347, Conservador \$30.017, Centro Democrático 29.205 y Verdes \$18.347 (en millones). Y por reposición de votos han recibido \$475.000.000. Ah, y a los Comunes (exFarc), les hemos dado \$28.498 millones pese a que han obtenido menos del 0,2% de los votos. Plata a disposición plena de los dueños con escasa vigilancia del CNE.

A nadie del poder parece importarle que hoy son 27 partidos con personería jurídica – el de Roy el más reciente -, la cifra más alta de la historia nacional, y 20 más en lista de espera; las generosas, absurdas y confusas sentencias de la Corte Constitucional para revivir partidos que dormían el sueño de los justos, y resoluciones exprés del Consejo Nacional Electoral para darle su partido a cada jefe político que lo pida, diseñan un panorama de caos democrático incomprensible. Y un jugoso mercado de poder económico en tres frentes: otorgar avales a candidatos en todo el país, gastar sin mayor control dineros de funcionamiento y recibir la plata por la reposición de votos, que se usufructúa igualmente sin una seria supervisión estatal.

Y uno más rentable: la negociación por debajo de la mesa, clandestinamente, para entregar o negar avales; centenas de millones de pesos circulan a cambio de ubicación en el tarjetón o de bloquear a rivales dentro de las mismas colectividades.

La feria de personerías tiene en la lista de espera, entre otros, al expresidente Andrés Pastrana con "Nueva Fuerza Democrática", al excéntrico Carlos Moreno de Caro con "Dejen Juguar al Moreno", Fico Gutiérrez que promulga "Creemos", al lado de unos tales "Movimiento Progresista Suramericano" y "Discapacidad y Familia".

A este ritmo, en las elecciones de octubre los ciudadanos se enfrentarán a enormes tarjetones con decenas de logotipos, nombres y números en los que pocos entenderán cuál es cuál o de qué tendencia ideológica son. Un alto grado de desinstitucionalización y pérdida de confianza en el sistema democrático; no se trata de pretender que volvamos al caduco esquema bipartidista o la tríada con uno de izquierda, otro de centro y uno más de derecha. Los matices ideológicos son más que dos o tres y aportan valor al debate político, pero otra cosa es la explosión de personerías jurídicas concedidas a partiduchos que no tienen más que unos pocos miembros, con tono claramente personalista, y varios años sin conseguir votos. Al final, lo que menos les importa es la democracia, es el negocio, socio.

## CONTINÚA LEYENDO



COLUMNISTA  
**JULIANA VELÁSQUEZ RODRÍGUEZ**

PUBLICADO HACE 11 HORAS

A+ A-

## El partido que seremos



Mi Abuelo Arturo, la persona más coherente que conocí y un ejemplo amoroso de sabiduría, era un convencido de la importancia de los partidos políticos y su rol vital en una democracia. Mi Abuelo, liberal, en ocasiones estuvo en desacuerdo con el líder de su partido pero para él, el sentido de colectividad política tenía una mística sobre la que hoy he querido reflexionar. En esa juventud políticamente activa que siempre disfruté, tuve el gran privilegio de absorber esas conversaciones de mis mayores sobre las dinámicas electorales de la época y con la intensidad que no se me quita con los años, cuestionar la fidelidad a los partidos de quienes admiraba incuestionablemente. Mi Abuelo, con su risa imborrable, me dijo alguna vez que los partidos políticos garantizaban un pensamiento concertado, una agenda programática construida sobre un debate sano de ideas y lo más importante, actuaban como barrera protectora de egos individuales que finalmente harían de la política un *one man show*. Lejos estaba mi Abuelo de imaginarse lo que sería de los partidos políticos años después de su partida, aunque siempre lo advirtió como una dolorosa posibilidad. Los partidos políticos tradicionales en Colombia han perdido, en mi opinión, vigencia, dignidad y coherencia. Han sido veteas políticas cuando su rol es exactamente el contrario. La política colombiana es un *reality* de estrellas individuales y conveniencias electorales. No hay unas ideologías políticas a las que los colombianos de manera juiciosa nos podamos adherir después de un ejercicio de entendimiento riguroso. Seguimos en esa comparación chocante, estéril y lejana de izquierda y derecha, muy ajena ya de la discusión técnica y filosófica de lo que derecha o izquierda significa y su evolución deseada en una realidad distinta a la que habitaron los pensadores políticos de otras épocas.

Las regiones no hemos sido ajenas al fenómeno de la comedia política nacional. Antioquia, siempre ejemplo de sentido colectivo sobre lo individual, hoy lucha dolorosamente contra la degradación del liderazgo público. El alcalde de Medellín se divorcia de una articulación virtuosa y entramos en el terreno desconocido e improvisado de vernos desarticulados y en una batalla en donde pareciera que tenemos que dedicar los días a defendernos. Pero el alcalde de Medellín es un síntoma de una enfermedad más vieja: la personalización errática